

Bautizo tras 1.800 millones de meses de Gestación

Autor Luis Alcalá Martínez

```
{multithumb enable_thumbs=0
}
```

150 millones de años en el útero materno de los sedimentos terrestres. No conocí vientre tan acogedor en vida, pues mi encierro fue un huevo –no muy grande, por cierto- hasta el momento de mi primera eclosión. Un buen día, como ningún ser vivo conocido por la ciencia es eterno, vine a dar con mis huesos en el borde de un río, una de cuyas avenidas me cubrió por completo –lo cual no es poco mérito dado mi tamaño-, junto a algún que otro compañero de fatigas y algunos depredadores con los que no me agradó juntarme ni siquiera después de muerto; a pesar de ser tan pequeñajos siempre te pueden dar un disgusto.

```
{multithumb default}
```

```
{multithumb thumb_width=300 thumb_height=300}
```

No estoy muy seguro, que me han ido fallado los sentidos desde hace ya bastante tiempo, pero creo que una corriente de agua traicionera se llevó alguno de mis huesos... de hecho ahora mismo no sé dónde tengo la cola. La suerte es que estuve aislado de las inclemencias que eventualmente bajan desde lo alto de la sierra cuando está nevada; eso ahora, pues cuando quedé enterrado hacía un tiempo sensiblemente más plácido: los rigores de las estaciones no se notaban tanto como últimamente y hacía más calorcillo... ni siquiera había hielo en los casquetes polares. Por suerte, pronto cubrieron mi lecho otras capas de arenas y arcillas y, a unos cuantos metros de profundidad, todo se vuelve más uniforme. Por eso no quedé destruido por completo, como le pasó al de los pinchos y las placas. Si no se hubiera dejado cazar lejos de los fangos habría tenido alguna oportunidad de fosilizar pero, el muy soberbio, pensó que lo tenía todo controlado. El polvo de sus huesos debe de estar cerca de las Pitiusas desde hace cincuenta millones de años, por lo menos, o se habrá incorporado a la concha de algún cangrejo ermitaño, que aquí todos acabamos dando más vueltas que un molinete... Qué cosas digo, si en mis tiempos no había molinetes; ya me disculparán que se me vaya un poco la bola pero es que tengo la cabeza destrozada. Sí, créanlo, estar enterrado tiene sus ventajas pero lo que en principio resulta agradable, que te cubran cálidas capas de terreno, se vuelve un enorme trastorno con el tiempo. Pesan como si un humano durmiera en una cama cubierto por setecientas doce mantas, por decir algo. Yo lo más hueco que tenía era la cabeza y las vértebras. Éstas ya me las aplastaron convenientemente pero, aunque deformadas, resistieron bastante, que para eso son estructuras preparadas para soportar potentes esfuerzos. Mi pequeña y hueca cabeza -¿cómo podría ser grande al extremo de tan largo cuello? ¡ni una grúa podría entonces moverla! la reventó la presión de los terrenos a los pocos millones de años de acomodarme en este lecho. Desde entonces no rijo bien del todo y lo peor es que no hay quien recupere los dientes, todos desparramados por ahí...

Pero el susto de verdad me lo llevé cuando se elevó la sierra en la que ahora esquián.

Pilló desprevenidos a todos esos pringados caparazones marinos; ahora están allí arriba, pelándose a los cuatro vientos. A mí me dejó a medio camino pero ya empecé a quedarme bastante preocupado. Salir hacia arriba es el inicio del fin, es como el que vive en el último piso: si hay goteras, le llegan el primero, si cruje el sol de agosto, achicharra con diferencia sus tejados. Por no hablar de los barrancos, que sajan a cuchillo las capas de roca. Como te pille uno ya te puedes dar por desarticulado... En esas estaba cuando llegó mi hora. No fueron los agentes meteóricos quienes me empezaron a incomodar, sino un paisano que me rascaba, año tras año, con la reja de un arado. Mira que me escondía bajo unas areniscas pero él, dale que dale, me dejaba al descubierto y pinchazo va, pinchazo viene. Pronto me di cuenta hasta donde iba a llegar y me tranquilizó ver que mi mayor parte estaba cubierta por la ladera del cerro, así que no estaba todo perdido; ahora bien, la pata trasera izquierda ya no me la arregla ni Miguel Angel Buonarrotti. Menos mal que se acabó aburriendo de las cuatro espigas que me hacían cosquillas cuando crecían y tuve una temporadilla de descanso. En aquellos tiempos empezó un buen barullo cerca, al otro lado de la carretera. Yo creí que era el fin, pues removían las montañas sin cesar y supuse que estarían acaparando los restos de otros compañeros y pronto vendrían a por los míos. Pero por más toneladas que estuvieron sacando, no echaba en falta a ningún colega, así que ya me di cuenta de que no venían a por nosotros, sino a por las tierras que nos arropan y no acierto a comprender el motivo de su traslado.

La verdad

es que, con media pata hecha añicos por un sembrado (ahora que pienso ¿me habrán triturado también la cola?) y el resto a un tris de aflorar, ya no me quedaba mucha vida útil, pues la erosión puede con la más soberbia roca. Por eso llegué a desear que me descubrieran pero nunca había venido nadie por aquí tras nuestros rastros. No como río arriba, que a unos primos míos ya los rescató mucho tiempo ha una familia y los tuvo en un zaguán hasta que acabaron admirados en unas vitrinas y retratados en varios cuadernos. También sé que río abajo están encontrando a otros parientes, y tengo familiares en Portugal que algo me tocan, pero no estoy muy seguro, que yo no recuerdo haber tenido trato con ellos. Con los ingleses y franceses, menos aún, aunque sé que algunos de la manada se fueron por aquellas tierras y ya nunca volvieron.

No es que

sea vanidoso pero, por mis propias características, siempre pensé que si no me desintegraba antes de tiempo me descubriría un americano. A los más populares de nuestro tipo siempre los ha descubierto un americano, no importa en qué parte del planeta estés esperando el momento. Bueno, al que te descubre para la ciencia, quiero decir, pues a mí, muy a mi pesar, ya me descubrió el del arado (aunque no se debió de dar cuenta porque no se lo dijo a nadie). La verdad es que ya tenía una uña fuera, la un dedo gordo de la pata de atrás, así que o me descubrían pronto o me iba a ir desvaneciendo como la niebla mañanera camino del mediodía. Así sucedió durante decenas de millones de años en los que a nadie le pareció singular nuestra configuración, mientras nos fuimos incorporando de nuevo al ciclo de la materia, en polvo convertidos, hasta que -ayer mismo se diría-, algunos humanos encontraron regocijo jugueteando con nuestros vestigios. En esta zona de la actual península hemos sido pioneros en deleitar a los primeros exploradores, y hace

bien poco instalaron una buena base río arriba, que lleva nuestro nombre, muy cerca de aquí. Pero no eran americanos, así que supuse que nunca me descubrirían.

Me

equivocaba; en mayo de lo que cuentan como 2003 tropezaron con los despojos de mi pata y recuperaron con mimo mi uña. Muy zoquetes tendrían que ser para no darse cuenta de que era grande como un balón de rugby —y no hay muchos que gasten uñas como las mías, con las que fui dejando huellas a diestro y siniestro, tan desmesuradas como efímeras-. Si no eran capaces de dedicarme atención, no merecerían el privilegio de fosilizar. Pero lo hicieron, así que les deseo lo mejor, que fosilicen. Pero aún es pronto para ello, dado que aún no me han recuperado completo, por más empeño que ponen. Mejor de lo que esperaba recuperaron mi pata delantera izquierda, mi pie trasero, el crocanti de mi cabeza y unos cuantos piños, varias vértebras del cuello, una dorsal, unas pocas costillas, el sacro y un trocito minúsculo de cola... Yo aún sé lo que les falta pero ellos todavía no. Eso sí, con lo que tienen andan locos de contentos y han estado casi cuatro años manoseándome hasta que han decidido qué es lo que soy y cómo debo llamarme. Durante todo ese tiempo me llamaban “El Gigante Europeo” o “Pequeñín” porque sólo reconocían que era un dinosaurio de cuello y cola largos (saurópodos nos llaman) y que era muy grande ¡vaya descubrimiento! Ni siquiera tenían claro cuál era mi antigüedad. Después de casi dos mil millones de meses preñando la tierra ahora nacia para la ciencia y un prudencial tiempo después, en diciembre de 2006 me inscribieron en el registro civil paleontológico. ¡Había que verlos, eligiendo mi nombre! Yo temblaba, deseando que no se apuntaran a la moda tan en boga de poner ridículos nombres de actualidad. Pesadillas me asaltaban de recibir un nombre del “Señor de los Anillos” o cualquier otra futilidad semejante ¡150 millones de años de aguante banalizados en tan trascendente momento! Me ha caído un nombre relacionado con la zona, el binomio linneano *Turiasaurus riodevensis*. Me consta que han reprochado a mis padres adoptivos ponerme un nombre tan simple —hablando de dinosaurios, claro-, como también tengo conocimiento de que los han felicitado justamente por lo mismo. A mí, que a punto estuve de conocer Pangea, el supercontinente que agrupaba a todos los continentes actuales, en el que no había barreras para pasar de uno a otro, lo que de verdad me había gustado, más que el nombre, era ser conocido en todo el mundo. Y por eso quería que me descubriera un americano, porque de lo que ellos hacen se enteran hasta en el fondo de la Fosa de las Marianas. Pero mira por donde, Eurasia debe haber cambiado últimamente pues resulta que todo el mundo me ha conocido habiendo sido descubierto por gente de la zona. Claro que los muy pillos me han presentado en una revista norteamericana y así me he hecho más famoso que mis primos los publicados en revistas ibéricas. Ya me ven, a mi edad y teniendo que aprender inglés para saber lo que dicen de mí. Por cierto, tanto que me estudian y tan listos como puedan parecen, ni siquiera saben si soy macho o hembra. ¡Nos quedan a todos tantas cosas por aprender! Pero una cosa es segura, estando a punto de ser destruido por las inexorables leyes de la dinámica terrestre, por exótico que pueda parecer, me ha tocado renacer en un momento en el que mis huesos han hecho feliz a mucha gente: a los chalados que me buscaban... y me hallaron, a los que, apoyándoles, han visto recompensado su esfuerzo, a los nativos de sitio tan ignoto, población y provincia, que en todos los idiomas se ha escrito gracias a mi aparición y a todos los que estudiándome, viendo mis restos o imaginando como fui, olvidan por algunos

momentos que en polvo se convertirán –a no ser que fosilicen- y disfrutan conociendo cómo fue la vida en el pasado. Pues quien aprecia lo pretérito estará, si no necesariamente más preparado para el futuro (que un meteorito no hay quien lo pare y, si lo dudan, pregunten a mis descendientes), sí más reconciliado con su presente. Por cierto, a pesar de que me cuidan como a un rey, ya he iniciado el último tramo de mi existencia, exhumado del lecho que me conservó. Disfruten conmigo mientras puedan o mientras dure y, si bien he tenido que esperar 150 millones de años en ser expuesto, no esperen ni un día más en venir a conocerme. Estaré observándoles desde el otro lado, complacido al recordar que, cuando me desperté, ustedes ya estaban aquí.

```
{multithumb enable_thumbs=0  
}
```

Autor: Luis Alcalá Martínez. Director Gerente de la Fundación Conjunto Paleontológico de Teruel